

ARBOZ GENEALOGICO DE LAS NACIONES PRIMITIVAS.

* Tal es la que los hijos de Noé, y de estos se propaga todo el linaje de la humanidad sobre toda la tierra. (Génesis, cap. IX, v. 12.)

Cuando el año 1656 de la creación del mundo, cuando Dios, indignado con las enormes iniquidades de los hombres, resolvió castigar

castigo tan ejemplar y terrible, que quedase para siempre viva en memoria entre sus descendientes. Llanó, pues, las aguas de los cielos, abrió las estatuas del cielo, é hizo llorar el Diluvio sobre los prevaricadores. Esta catástrofe, y la mas horrible aun que ha de sobrevener al fin del mundo, fueron reveladas á Adán, nuestro primer

padre, (segun una antiquísima tradición conservada entre los hebreos), y las transmitió á sus hijos en esta fatídica profecía:

«El género humano será destruido dos veces en castigo de sus pecados. La primera por agua, la segunda por fuego.»

Para perpetuar el anuncio de tan espantosos cataclismos, erigió el primer hombre dos columnas, una de piedra que resistiese á la acción del agua, y otra de ladrillo que soportase el fuego. Los cercanos descendientes de Adán anotaban en estos primitivos monumentos el curso y revoluciones de los ástros, á medida que los iban observando, y Josepho, el célebre historiador Judío, asegura subsistir aun en su tiempo la columna de piedra.

Entre la multitud de hombres que en la época anunciada habitaban la tierra, sólo encontró Dios una familia virtuosa, que recompensó libertándola del naufragio universal, y destinándola para repoblar el mundo. Era esta la del justo Noé, y se componía, además de este santo patriarca, de su esposa, sus tres hijos y las tres mujeres de estos. Las referidas ocho personas con algunas parejas de animales de todas especies se entraron en la grande Arca, especie de bajel cerrado que Dios mandara construir á Noé, y del que le diera las medidas y proporciones. Noé era 8.^o hijo de Adam, y su ascendencia es en la forma siguiente:

Nombre de los patriarcas.	Años del mundo en que nació.
Adán.	4
Seth.	130
Enós.	253
Cainán.	325
Mahaleel.	303
Jared.	460
Enoch.	622
Metusalén.	687
Lamech.	874
Noé.	1050

Cuarenta dias y cuarenta noches duró el diluvio universal, y las aguas, que llegaron á subir 15 codos sobre la cima de las más altas montañas, permanecieron como estancadas cubriendo la tierra por espacio de un año. Al cabo de este tiempo, el Arca posó en la cumbre de un monte de Armenia, llamado el Ararat. Noé y su familia salieron de ella con todos los brutos que la ocupaban, y aquel erigió un altar en que ofreció á Dios, en acción de gracias, un sacrificio solemne de algunos animales no reputados por inmundos. «Y bendijo Dios á Noé y á sus hijos, y díjoles: creced y multiplicaos, y poblad la tierra» (1).

Habian pasado 530 años desde el diluvio, cuando aconteció la muerte de Noé, que fué sepultado, segun la tradición, en el monte Ararat, cerca del que habia fijado su residencia. Sus hijos que se multiplicaron en aquellas cercanías, y en la llanura de Sennaar extendiéndose por las riberas del Eufrates y del Tigris, advirtieron que aquel país no era bastante para alimentar á todos, y que era necesario separarse. Proyectaron, pues, antes de verificado construir una torre de prodigiosa altura «que llegase al cielo», segun algunos, con el objeto de immortalizar su nombre, segun otros, para que les sirviese de punto de reunion si algun dia querian volver á juntarse; y en fin, segun otros, para libertarse de otro diluvio futuro, menospreciando la solemne promesa que Dios hiciera á Noé al salir del Arca, de no volver á castigar á los hombres por medio de las aguas. Comenzose, pues, la fábrica de la torre el año 400 despues del diluvio, y emplearon los neomitas no menos que tres años en los preparativos. Consistian estos principalmente en cocer ladrillos de pié y mandó de espesor, y en acopiar multitud de montones de cañas, las que mezcladas con el barro que producian los lagos cercanos, y que en aquellas regiones suplía la falta de cal, daban consistencia á las fábricas. El edificio era en forma de pirámide, se componía de ocho torres cuadradas dispuestas una sobre otra que iban disminuyendo á medida que se iban elevando, y tenia la subida por la parte exterior por medio de una rampa suave que le rodeaba en espiral. La altura llegó, segun san Jerónimo y otros escritores eréditos, no menos que á una legua. Este monumento colosal, fué despues el mas bello y grandioso adorno de la famosa ciudad de Babilonia; servia de templo á Belo, y tambien de observatorio astronómico. Muchos viajeros aseguran se ven aun sus ruinas, y en varios periódicos de literatura las hemos visto representadas. Al llegar los obreros á la altura indicada, notaron con inexplicable asombro que ya no se entendian unos á otros, pues de repente habian olvidado el idioma común y primitivo (2) que usaban, y hablaban otra diferente. Era este un doble milagro con que Dios casti-

gaba á aquellos hombres soberbios, y destruía sus temerarios proyectos. Viéronse, pues, precisados á abandonar su comenzada fábrica, y reuniéndose los que hablaban una misma lengua, se dispersaron por familias por toda la tierra en número de 240,000 (3). El nombre de Babel que se dió á la famosa torre, quiere decir, *confusion, desorden, ó segun otros, ciudad del señor* (2).

Los nombres de los tres hijos de Noé eran, por el orden de nacimiento Sem, Cham y Japhet. El primero permaneció en Sennaar, y fué el progenitor de los pueblos de Asia y América (3). Japhet se dirigió al norte occidente y pobló la Europa, y finalmente Cham pasó el Eufrates, y dió habitantes al Africa. La marcha progresiva de los neomitas, fué el objeto de gravísimas tareas para los mas eréditos teólogos, historiadores y críticos, pero caminando estos como á tientas en una senda subterránea, sin mas luz que las pocas noticias que de la Biblia y las historias profanas primitivas muy descarnadas y envueltas en fábulas, solo obtuvieron muy escasos resultados despues de improbos trabajos. En el árbol genealógico que va por cabeza de este artículo, y en el cuadro sinóptico que insertamos á continuación, presentamos á nuestros lectores todos los nombres conocidos de los primeros descendientes de Noé, y los de las tierras que repoblaron.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Cuadro sinóptico de la población de las naciones primitivas.

PATRIARCAS.	PAISES QUE POBLARON	
	PUÉ SI	Y SUS DESCENDIENTES.
Noé, segundo progenitor del género humano, era octavo nieto de Adán, y vivió 930 años.		
HIJOS DE NOÉ.		
1 Sem.	Asia y América.	En su familia se conservó la lengua hebrea y el rito del verdadero Dios.
2 Cham.	Africa.	Vivió en Egipto, país que se llama en la escritura Tierra de Cham.
3 Japheth.	Europa.	
HIJOS DE SEM, PRIMER HIJO DE NOÉ.		
1 Elam.	Persia, llamada Tierra de los Elamitas.	
2 Assur.	Asia.	
3 Arphaxad.	Chaldea.	
4 Lud.	Lidia del Asia Menor.	
5 Aram.	Siria de Capadocia y Mesopotamia.	La Siria se llama Aram en hebreo.
HIJOS DE ARAM, QUINTO HIJO DE SEM.		
1 Us.	Ciudad de Damasco y el término circunvecino.	Hamado por los hebreos Tierra de Us, en la que vivió Job.
2 Hul.	Parte de Armenia.	
3 Gether.	La Bactriana y segun otros el Reino de Caria.	
4 Mes.	La Mesopotamia, á quien dió nombre, parte de Armenia y de Siria.	
HIJO DE ARPHAXAD, TERCER HIJO DE SEM.		
1 Sale.	Chaldea.	
HIJO DE SALE, HIJO ÚNICO DE ARPHAXAD.		
1 Heber.	Chaldea.	De éste tomaron nombre los hebreos sus descendientes.
HIJOS DE HEBER, HIJO ÚNICO DE SALE.		
1 Phaleg.	Ciudad de Hualga, sobre el Eufrates.	En su tiempo se verificó la dispersion de los Noemitas.
2 Jectán.	Chaldea.	

(1) Este es el cálculo que hacen varios escritores de la Biblia, y algunos escritores profanos contando con la proporción de la larga vida de los primitivos hombres.

(2) Segun Voltaire y otros, *Babel* quiere decir *caer*, y *Dab* padre.

(3) Se cree que la América fué poblada por los habitantes del norte de Asia que pasaron el estrecho de Bering, que se supone que algun fundamento era en los primeros tiempos un istmo, que unia la Rusia-Asia con la Groenlandia. Hay el estrado ó paso de Bering, llamado de 10 leguas de ancho y una proporción de 20000 de altura, y se supone que en la parte mas estrecha de él se pararon los neomitas, y daban su nombre á un esterozo que se llama Bering, al estrecho de Bering, y á la demarcación que se llama el estrecho de Bering.

(1) Véase el *Genésis*, cap. 12, v. 4.
(2) La misma opinion era el hebreo.

HIJOS DE JECSAN, SEGUNDO HIJO DE HEBÉR.

1	Elmodad.	} Regiones que se extienden desde el río <i>Coplenes</i> hasta las Indias y territorios confinantes con el país de los <i>Serios</i> . De <i>Ophir</i> tomó el nombre la región donde se iba en busca del oro, situada en el Oriente.
2	Saléph.	
3	Asar Moth.	
4	Jaré.	
5	Aduram.	
6	Uzal.	
7	Decla.	
8	Ebal.	
9	Abimael.	
10	Saba.	
11	Ophir.	
12	Evida.	
13	Jobab.	

HIJO DE PHALEG, PRIMER HIJO DE HEBÉR.

1	Ren.	Chaldea.
---	------	----------

HIJO DE REU, ÚNICO HIJO DE PHALEG.

1	Sarúg.	Chaldea.
---	--------	----------

HIJO DE SARUG, HIJO ÚNICO DE REU.

1	Nachor.	Chaldea.
---	---------	----------

HIJO DE NACHOR, HIJO ÚNICO DE SARUG.

1	Tharé.	Chaldea. Era de profesion escultor.
---	--------	-------------------------------------

HIJOS DE THARÉ, HIJO ÚNICO DE NACHOR.

1	Abraham.	Tierra de Promisión y Arabia.
2	Aram.	Chaldea.
3	Nachor.	Chaldea.

HIJOS DE HARÁM, HIJO PRIMOGÉNITO DE THARÉ.

1	Sara.	Tierra de Promisión, como muger de Abraham.
2	Jescha.	Chaldea.
3	Lot.	Tierra de Promisión y Arabia.
4	Melcha.	Chaldea, como muger de Nachor.

HIJOS DE LOT, TERCER HIJO DE ANÁN.

1	Moab.	Tierra de Moab, ó sea país de los Moabitas.
2	Amon.	Tierra de Amon ó de los Amonitas.

HIJOS DE NACHOR, HIJO SEGUNDO DE THARÉ.

1	Hos.	} Chaldea. Estos ocho hijos primeros de Nachor los hubo en su esposa Melcha, hija de Arán.
2	Buz.	
3	Camuel.	
4	Cased.	
5	Azau.	
6	Pheldas.	
7	Jedlaph.	
8	Bathuel.	
9	Tabee.	} Chaldea. Estos cuatro últimos los hubo Nachor en su concubina llamada Roma.
10	Gaham.	
11	Tahas.	
12	Mascha.	

HIJO DE CAMUEL, TERCER HIJO DE NACHOR.

1	Arán.	Siria de Mesopotamia, llamada también Tierra de los Arameos.
---	-------	--------------------------------------------------------------

HIJOS DE BATHUEL, OCTAVO HIJO DE NACHOR.

1	Laban.	Chaldea.
2	Rebeca.	Tierra de Promisión como muger de Isaac.

HIJOS DE LABAN, PRIMER HIJO DE BATHUEL.

1	Liz.	} Tierra de Promisión como esposas de Jacob.
2	Rechel.	

HIJOS DE ABRAHAM, TERCER HIJO DE THARÉ.

1	Ismael.	Arabia, cuyos habitantes se llamaron Ismaelitas. Abrahán tuvo este hijo de una esclava egipcia llamada Agar.
2	Isaac.	Tierra de promisión. La madre de Isaac fué Sara, hija de Aram.
3	Zamirán.	} Arabia Desierta y Arabia Feliz. Estos últimos seis hijos de Abrahán los hubo en su muger Cetura.
4	Jecsam.	
5	Madán.	
6	Madian.	
7	Jesboc.	
8	Sue.	

HIJOS DE ISMAEL, PRIMOGÉNITO DE ABRAHAM.

1	Nabayoth.	} Las tres Arabias. Ismael tuvo estos doce hijos de su muger, que era egipcia, y cada uno de ellos fué caudillo ó jefe de una tribu, y dieron su nombre á los castillos y ciudades que fundaron en diferentes lugares, que eran mas bien aduares de cabanas de que usaron los árabes.
2	Cedar.	
3	Adheel.	
4	Mahsam.	
5	Masma.	
6	Duma.	
7	Massa.	
8	Hadár.	
9	Thema.	
10	Jethur.	
11	Naphis.	
12	Cedma.	

HIJOS DE ISAAC, SEGUNDO HIJO DE ABRAHAM.

1	Esau ó Edon.	Idumea ó tierra de Edom y Arabia.
2	Jacob ó Israel.	Tierra de Promisión. De su nombre se dijeron los hebreos israelitas.

HIJOS DE ESAU, PRIMOGÉNITO DE ISAAC.

1	Eliphan.	Arabia. De éste era madre Adar primera esposa de Esau, que era del país de los heteos é hija de Elon.
2	Rahuel.	Arabia. Tenia por madre á Basemath que era hija de Ismael.
3	Jehus.	Arabia. Estos tres hijos los tuvo Esau de su tercera muger Oolibama, hija de Ana, del país de los hebreos.
4	Ihelon.	
5	Coré.	

HIJOS DE HELIPHAZ, PRIMOGÉNITO DE ESAÚ.

1	Theman.	} Arabia.
2	Omar.	
3	Sepho.	
4	Gatbam.	
5	Cene.	
6	Amalech.	Tierra de Amalec ó de los Amalecitas. Este tenia por madre á una concubina llamada Thama.

HIJOS DE RAHUEL, HIJO SEGUNDO DE ESAÚ.

1	Nabat.	} Idumea. Estos cuatro fueron caudillos ó príncipes de los Idumeos y cada uno mandaba una ciudad ó territorio donde habitaba una de las tribus que procedían de Esau.
2	Zara.	
3	Samma.	
4	Meza.	

HIJOS DE JACOB, SEGUNDO HIJO DE ISAAC.

1	Ruben.	} Tierra de promisión ó de Israel. Fueron hijos de Lia primera esposa de Jacob, y cada uno fué jefe de una tribu, excepto Dina que no tuvo sucesión.
2	Simeon.	
3	Levi.	
4	Judá.	
5	Dan.	
6	Nephtali.	
7	Gad.	
8	Aser.	
9	Isachár.	
10	Zabulón.	
11	Dina.	
12	Joseph.	} Tierra de Israel. Tenian por madre á Rachel, y tambien fueron jefes ó cabezas de tribus.
13	Benjamin.	

HIJOS DE JOSEPH, DÉCIMOSEGUNDO HIJO DE JACOB.

1	Manasés.	} Tierra de Israel. Su madre fué Asenel, hija del sumo sacerdote de Heliópolis. Uno y otro fueron cabezas de tribus.
2	Ephraim.	

HIJOS DE JECSAN, CUARTO HIJO DE ABRAHAM.

1	Saba.	} Arabia.
2	Dadan.	

HIJOS DE DADAN, SEGUNDO HIJO DE JECSAN.

1	Assurim.	} Arabia.
2	Latusim.	
3	Loemim.	

HIJOS DE MADIAN, SESTO HIJO DE ABRAHAM.

1	Epha.	} Tierra de Madian ó país de los Madianitas. De Opher tomaron el nombre los africanos.
2	Opher.	
3	Hnoch.	
4	Abida.	
5	Eldaa.	

HIJOS DE CHAM, SEGUNDO HIJO DE NOÉ.

- 1 Chus. Parte de Arabia y Etiopía.
- 2 Mesraim. Egipto llamado aun por los árabes y turcos Mesra.
- 3 Phuth. Libia y Mauritania donde aun hoy se conserva en un rio el nombre de Phut.
- 4 Chanaam. Tierra de Chanaan ó de promision, hoy Palestina.

HIJOS DE CHUS, PRIMOGÉNITO DE CHAM.

- 1 Saba. Ethiopia cuya capital era Saba.
- 2 Evla. Gétula en Africa; otros con mayor fundamento el pais de los caveleos en Arabia.
- 3 Sabatha. Pais de los sabatheos en Arabia.
- 4 Regma. Arabia, donde habia una ciudad llamada Regma.
- 5 Sabathaca. Carmania en Persia. Otros el pais de los sacabitas.
- 6 Nemrod ó Belo. Babilonia.

HIJOS DE REGMA, CUARTO HIJO DE CHUS.

- 1 Seba. Ethiopia.
- 2 Dadan. Ciudad de Daden ó Aden y el territorio comarcano llamado Dádena en Persia.

HIJO DE NEMRÓD, SEXTO HIJO DE CHUS.

- 1 Nino. Ciudad de Ninive. Fué su esposa la célebre Semiramis.

HIJOS DE MESRAIM, SEGUNDO HIJO DE CHAM.

- 1 Ludim. Libia de Egipto.
- 2 Acsimim. Amonide; pais donde estaba el célebre templo de Júpiter Amon.
- 3 Saabim. Libia ó pais de los phuteos.
- 4 Nephthim. Numidia.
- 5 Phetrusim. Tierra de los Patros en la Tebaida y la parte de la Tierra de Chanaan que habitaron los philisteos.
- 6 Chasnim. Egipto interior. Pais de los chaplorinos ó isla de Creta.

HIJOS DE CHANAAM, CUARTO HIJO DE CHAM.

- 1 Sidón. Sidon, ciudad de Phenicia.
 - 2 Hethéo.
 - 3 Jebuseo.
 - 4 Amorrhéo.
 - 5 Gergeséo.
 - 6 Heveo.
 - 7 Aracéo.
 - 8 Sineo.
 - 9 Aradio.
 - 10 Samaréo.
 - 11 Amathéo.
- Tierra de Chanaan ó Palestina. Cada uno de estos fué cabeza de un pueblo que llevó su nombre y que fueron exterminados por los israelitas.

HIJOS DE JAPHET, TERCER HIJO DE NOÉ.

- 1 Gomer. Galacia, Scitia, y España.
- 2 Magog. Scitia, Gotia, Tartaria y China.
- 3 Madai. Media, otros dicen la Macedonia.
- 4 Javan. Grecia y en especial la Jonia.
- 5 Thubal. Iberia del Ponto Euxino, y segun S. Gerónimo y otros, la España.
- 6 Mosoch. Moscovia y segun muchos la Capadocia.
- 7 Tharsis. Thracia.

HIJOS DE GOMER, PRIMOGÉNITO DE JAPHET.

- 1 Ascenez. Las Galias, Germania y Alemania, pais que aun hoy llaman los hebreos Askemsim.
- 2 Riphat. Paphlagonia y segun muchos la Bitinia.
- 3 Thogorina. Pais de los Turcos y Turcomanos en Tartaria, otros la Frigia. Los descendientes de Gomer tienen los nombres de gomeritas, gálatas, gaulas, titanes, celtiveros, scitas, celto-scitas y celtas.

HIJOS DE JAVAN, CUARTO HIJO DE JAPHET.

- 1 Elise. La Elide en el Peloponeso. Otros los habitantes de las islas Afortunadas; llamadas Elise.

- 2 Tharsis. Cilicia, cuya capital era Tharsos, otros Cartago y otros Tarteso, en Andalucia.
- 3 Cethim. Isla de Chipre, cuya capital era Citium.
- 4 Dodanim. Pais de los Dodoneos, en Epiroz; otros la isla de Rhodas.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

TERCER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

[Conclusion.]

III.

—Apostaría cualquier cosa,—decia D. Diego mientras tomábamos café la tarde que sucedió á las dos de que ya hemos hablado,—apostaría cualquier cosa, amigo D. Antonio, á que sin piedad nos ha descrito V. mueble por mueble, piedra por piedra, y pasó á paso, el palacio, el castillo y la marcha de sus nuevos personajes, solo para contarnos lo que todos sospechamos, ó mejor dicho, vemos ya con evidencia, á saber: que la linda Condesa hizo ni mas ni menos con su grave marido, lo que la apasionada andaluza de antes de ayer con el áspero D. Rodrigo.

—Válgate Dios,—contestó, sin mostrarse picado el huésped—y que impaciente y poco tolerante es el señor D. Diego! Verdad es que me he estendido, algo mas acaso de lo que la ocasion requeria, en describir el lugar de la escena; pero, en primer lugar, he cedido al deseo de enterar á Vds. tan al pormenor, como yo mismo lo estoy, de lo que á la pendiente historia respecta; y luego, confieso sin rodeos que me deleito en recordar el lujo sôido de nuestros abuelos, en mi opinion á todas luces preferible á las invenciones modernas tan caras como poco duraderas, y que por otra parte suelen no tener mas valor intrínseco que el que por un instante deben al capricho de la moda.

—Yo,—interpuso el oficial,—sin aprobar ni combatir esa opinion de D. Antonio, he oido con gusto su descripcion, y aun quisiera ver estampadas muchas de su especie para que, á lo menos, quedase recuerdo de una porcion de antigüallas que nuestra negligencia y descuido dejan pudrirse en los desvanes.

—Aun eso fuera lo menos,—replicó D. Antonio,—pues de casas de grandes señores sé yo de donde han desaparecido, para fundirse en las herrerías ó pasar al extranjero, en mengua de nuestro patriotismo, ricas colecciones de armas y de libros que en otros paises fueran objeto de estudio y hasta de adoracion.

—Hasta ahí estoy con Vds.—volvió á decir D. Diego;—y les aseguro que por mi parte he visto tambien, con indignacion, que algunos han entregado á las llamas colecciones enteras de retratos históricos, só pretexto de que eran en la casa un nidal de chinches.

—¡Inaudita barbarie!—clamó Alfonso.

—Severa es la calificacion, amigo mio: causas y circunstancias hay, sin ir tan lejos, para explicar tal proceder, que á la verdad indica desde luego falta de ilustracion, y aun algun tanto de esa funesta individualismo, base de las doctrinas de nuestro siglo, que solo atiende á las necesidades del momento, sin cuidarse ni del respeto á los antepasados, ni del juicio de los venideros. Pero sea como quiera, usted tiene en el fondo razon: nuestro pais pasó en concepto de la Europa por bárbaro, mas aun que á causó el atraso en que realmente se halla, porque los españoles hacemos con los artisticos tesoros de nuestra patria lo mismo, ni mas ni menos, que los indios bravos con las ricas minas de su privilegiado suelo: pisarlas desconociéndolas ó despreciándolas.

—Todo eso está bien—interrumpió D. Diego;—pero V. no responde á mi pregunta. ¿Adivinó lo cierto ó no, suponiendo que la Condesa?...

—Sí, adiviné V.; y no he tratado yo nunca de ocultarlo: acuérdesse del objeto con que he empezado mi narracion, y verá que si algo hemos de deducir de ella en cuanto á la influencia de los distintos grados de la civilizacion social en las humanas pasiones, forzoso es que comparemos situaciones análogas en épocas diferentes.

—Yo lo confieso, y ahora prosiga V. y acabe hoy, si es posible.

—Así lo haré, porque en verdad, mas me he estendido de lo que quisiera.

Y, en efecto, sentámonos los oyentes y el narrador; encendimos nosotros los cigarros, y D. Antonio comenzó el fin de su cuento de esta manera:

—La primera cosa que el Conde hizo, así que en la habitación de la torre hubo entrado, fué sacar del bolsillo una carta cerrada y entregársela á su mayordomo, mandándole que la enviasse inmediatamente con un criado á la persona que el sobre indicaba, y que trájera luces, pues la oscuridad del lugar les haría ya necesarias. Después dejóse caer en uno de los dos sillones que estaba en frente al otro ocupado ya por la abatida condesa, y situado precisamente debajo del retrato de que ya he hablado á Vds. Así quedaron los dos esposos cuando el mayordomo salió á cumplir lo que se le mandaba, y de la misma manera estaban cuando con las luces pedidas volvió á la torre.

—Quisiera,—dijo Alfonso interrumpiendo aquí á D. Antonio,—quisiera que antes de pasar mas adelante nos explicara V. cómo supo el Conde su desgracia, si es que no se reserva el hacerlo para mas adelante.

—En verdad,—contestó nuestro anciano amigo,—que no habia pensado en ello; pero puesto que V. lo desea se lo diré en breves palabras. Era el amante de la Condesa un jóven oficial de caballería, menos cauto que buen mozo; y sus imprudencias llamaron, no solo la atención del marido, sino además la del Capitan General de la provincia, quita después de haber inútilmente apercibido diferentes veces al fogoso seductor, acabó por enviarse á pasar unos días en el castillo de Saneti-Petri. Precisamente el día mismo en que por la mañana salió el amante para su destino, acompañado de un ayudante de plaza, que ni por un momento quiso apartarse de él, iba el Capitan General un baile, al cual estaban invitados y asistiendo el Conde y la Condesa; y en él cierto amigo del amante entregó á la dama un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: «Laura: la fuerza me obliga á separarme de ti; mas contigo quedará mi corazón, y poco tardaré, dejando la casaca, en romper los lazos que ahora me aprisionan. Conservame hasta entonces tu corazón, y olvidarán tus brazos las penas que ahora destrozan el mío. Laura, adios por poco tiempo, etc., etc.» Ya he dicho que el Conde sospechaba su injuria, y la desdicha quiso que al recibir su esposa el billete, entrara él precisamente en el gabinete á donde con el confidente de los culpables amores estaba aquella. Sin proferir palabra, hizo una cortesía al mal avisado mensajero, quien por su parte se apresuró á salir del paso retirándose inmediatamente: en seguida, y tambien silenciosamente, arrancó de manos de la Condesa la fatal misiva; y luego que la hubo, salió dejando á Laura entregada á la mas penosa incertidumbre. Y sin embargo, hubo la desdichada de pasar tres horas aun en el baile, oyendo frios cumplimientos, con la sonrisa en los labios y la muerte en el corazón.... Son necesarios mas esfuerzos, mas valor, mas sacrificios en la carrera del mal que en la del bien; y con todo suele elegirse la primera teniéndola por mas fácil. Entre tanto el Conde habia mandado disponer un coche de colleras, donde concluido el baile entró con su esposa.

—Estamos al cabo,—interrumpió D. Diego.

—Sí: ¿pero dónde estábamos antes? preguntó desorientado D. Antonio.

—Fué á llevar una carta y á traer luces el mayordomo, respondió Alfonso.

—En efecto, prosiguió el narrador, volvió D. José con dos luces, y mandó su amo, apenas sobre la mesa las hubo colocado, que se retirase y no volviera hasta ser llamado; pero el buen D. José, que era curioso como siete fregonas juntas, obediendo en la apariencia, quedóse agazapado y escondido en cierto retrete del castillo, contiguó al cuarto donde á sus amos dejaba; por manera que pudo oír toda la conversación; y merced á su indiscreto proceder, me es tambien á mi posible referirselo á Vds.

Pocos instantes después de haber salido el mayordomo levantóse el Conde de su asiento y durante un cuarto de hora midió la estancia en todos sentidos con agitados pasos, y sin duda buscando manera de entablar el dialogo, cosa difícil en verdad cuando entre marido y mujer se trata de lo que ya es inútil que yo repita. Entre tanto la Condesa suspiró primero tímidamente, luego con mas fuerza, y un sollozo lamentable preludió á un llanto tan amargo como sentido. Aquella explosion del terror, ó del arrepentimiento, si no de ambos afectos unidos, que es lo mas probable, fué la gota que, llenando el vaso, hizo que el licor se derramase; la ráfaga que convierte al viento en huracan, la oleada que rompe el dique, la chispa eléctrica, en fin, que determina la explosion del rayo. Oír el llanto de su mujer y encendersele la sangre al ofendido esposo, fué todo una misma cosa; la cólera halló salida, las palabras antes remisas, se golpearon á la lengua, los brazos, cruzados hasta aquel momento sobre el pecho, moviéronse convulsivamente, todo el sistema nervioso se puso en conmocion; y en una palabra, el estado del Conde era tal, que prolongado por sola una hora hubiera hecho de él un asesino ó un suicida. Por fortuna tan agudas crisis son, así en lo moral como en lo físico, de cortísima duracion: la naturaleza sucumbió y se aniquiló á su influjo, ó ellas cesan y se modifican: no hay medio entre esos dos estratinos.

Como quiera que era, el Conde, con voz de aquellas que parecen sonar en las hondas cavidades de un subterráneo, mas bien que salir de humanos pulmones, interrumpiéndose á cada palabra, como si le abrasaran todas las labias al pronunciarlas, y tan pronto parándose como caminando con pasos acelerados, cuyo sonido repelia tristemente el eco de la bóveda, rompió el cabo el silencio y dijo:

—¿A qué viene ese llanto, hipérita Señora? ¿á qué vienen esos perdidos suspiros?... ¡Llorara yo, pesa á mi vida, llorara yo por mis canas mancilladas, llorara yo por el nombre de mis abuelos infamado, por mi reputacion, á costa de cincuenta años de trabajos y sacrificios adquirida, y en un instante perdida: por la mas pérdida de las traiciones, por la mas negra de las ingratitudes!...

—¡Por compasion, Rodrigo, por compasion!...—exclamó la Condesa; y su marido sin dejada acabar prosiguió:

—¡Compasion! Por cuanto el cielo tiene de mas sagrado juro que esta infame mujer ha perdido el juicio al mismo tiempo que la honra.... Compasion me pide! Ella, compasion, ella á mi, su cuyo corazón acaba de clavar el puñal; ella que me condena á pasar enviado los últimos años de mi vida; para hacer al sepulcro hecho lábula de las gentes y roído por la desesperacion.... ¡Compasion, miserable! ¿Por qué no la tuviste de mí al sacrificarme?... ¡Compasion, ya que no gratitud, mereció el hombre que, huérfana y desvalida, te arrancó de la miseria, para colocarte en la mas alta esfera de la sociedad; que renunció por tí al retiro que sus años y estado le aconsejaban; que se hizo complaciente instrumento de tus placeres; que varió su manera de vivir cuando ya se acababa su vida, solo porque tú fueras dichosa!

—¡Rodrigo, Rodrigo!...—volvió á exclamar con moribonda voz la culpable esposa, y de nuevo tambien á interrumpirla el Conde con la cada vez mayor:

—¡Lámame, lámame así, con ese nombre que me pusieron en la pila en memoria del fundador de mi casa, y sin duda para que el primero y el último de los Condes de San Justo tuvieran en todo igual destino!!!...

Aquí, segun la relacion del mayordomo, calló el Conde, reprimió la Condesa sus sollozos, y tuvo lugar una de aquellas traidoras calmas delante las cuales recobra fuerzas la tempestad para estallar de nuevo y con mas furia que nunca. Sucede, sin embargo, que esas interrupciones en la expresion de la cólera, si en realidad no disminuyen su violencia, por lo menos hacen que de direccion cambie, como acontece al torrente que, salvando poderosos obstáculos, á veces muda de curso ante el mas floco de cuantos se le oponen; y tal vez el caso con el Conde. Recordóle el nombre de Rodrigo una historia que la tradicion conservaba en la familia de padres á hijos, aunque bajo el sello del secreto; y sin perder precisamente de vista su propia desgracia, ocurriósele naturalmente ponerla en paralelo con la de su noble ascendiente.

Y esto no es suposicion mia, sino hecho demostrado por sus propias palabras, cuando al cabo de algun rato, cesando en su paseo, se dejó caer en el sillón, y con acento que él imaginaba tranquilo, pero que en realidad revelaba su pasion, volvió á decir:

—Si Señora, si: bien hace V. en llamarme Rodrigo; mejor aun de lo que V. piensa.... En efecto, el nombre y la suerte son los mismos.... El el primero, yo el último.... Infamada empezó y tambien infamada concluye la familia: nada mas justo.... ¡Perdon, perdon!...—interrumpió la Condesa.

—Tres siglos hace,—prosiguió el Conde con un tono de voz (mu decia el mayordomo) que helara la sangre en las venas al hombre mas esforzado)—tres siglos hace que aqui, en esta misma estancia, tal vez á la misma hora de la noche, una mujer hermosa como tú, Laura, como tú ingrata y traidora, clamaba tambien: «Perdon, Rodrigo, perdon!», á los pies de ese guerrero, cuyo retrato está sobre tu cabeza.... Pero entonces no habia un Capitan General que sustrajese á los seductores á la justa venganza de los esposos ofendidos, enviándolos á un castillo bajo cualquier pretexto.... Entonces el nombre que venia con sus afrentas no era reputado asesino, ni cruel siquiera; ni le pedia cuentas la ley de la sangre que para vengarse derramaba.... ¡Oh! ¡la moderna civilizacion ha dulcificado las costumbres!... ¿No es cierto, Laura? Ahora el escarnio para los maridos engañados, si toleran su agravio; la execucion pública y el suplicio les esperan si se vengan.... En los bárbaros tiempos de ese guerrero todo era distinto.... ¡Sabes tú, Laura, la suerte del amante?... Ven, ven conmigo á esa ventana—y la arrastró á la que caía sobre el jorón....—mira, bajo de aquel inmenso nogal está sepultado: tres veces se hundió en su seno el puñal de D. Rodrigo!... Ni mi corazón ni mi brazo son mas flocos que los de D. Rodrigo!... Ni mi corazón ni mi brazo son mas flocos que los de D. Rodrigo!... ¡Perdon! Si, ya te lo he dicho, perdon pedía Leonor.... ¿Sabes tú la misericordia de D. Rodrigo?... ¡Mira otra vez el frondoso nogal: al lado yace la culpable de su amante!... ¡Laura, yo soy nieto de D. Rodrigo: tú tan culpable como su esposa!!!...

— Misericordia, Dios mío, misericordia!—clamó desesperadamente la infeliz Condesa, y el eco sordo de la torre repitió el golpe de su cuerpo que inerte cayó á las plantas del herido esposo.

La impresión que en el mayordomo produjo lo que acabó de referir, fué tal, que olvidando á impulsos de la humanidad cuantas consideraciones de propio interés le aconsejaban permanecer oculto, salió del retrete que le escondía y llegó á abrir la puerta de la estancia en que sus amos estaban. Si el Conde le viera, es posible que le costara la vida el ser sensible; pero, dichosamente para el buen D. José, hallábase en el momento de espaldas á la entrada del cuarto, y tan absorta en la contemplación del bello é inmóvil cuerpo que á sus pies tenía, que no oyó en aquel momento ni la trompeta del juicio final. También por fortuna cuya recapitación el mayordomo que no solo se esponía probablemente á habérselas cuerpo á cuerpo con su amo, y con evidencia á perder su acatado, sino que además, la presencia de un extraño en tales casos, es siempre mas perjudicial que útil á la persona misma á quien se propone defender; y tan praelente reflexión le detuvo en el umbral de la puerta primero, y le decidió luego á cerrarla de nuevo, si bien no tan por entero que no dejase un resquebrajo para ver lo que en la habitación pasaba.

Volviendo al Conde. El desmayo de una mujer á quien amaba con la ternura del último amor, despertó en su corazón sentimientos que hasta entonces acallara la ira, y que la menor contradicción, el mas pequeño vicio de resistencia, tal vez las súplicas mismas, hubieran bastado á basterrar completamente de su alma. Contemplando, pues, á la exánima Laura, exclamó:

«Ayer tal vez, cuando en aquel funesto baile, adquirí la certeza de mi deshonra... si, ayer hubiera podido castigarla.... Pero ahora... ¿y qué se diría de mí? Las gentes me llamarían monstruo.... y yo mismo... yo mismo tendría remordimientos de mi crueldad... ¡Ah Don Rodrigo, D. Rodrigo, si hoy vivieras vasilaras como yo vacilo!»

Acabando de hablar así, levantó á su esposa, y con mas blandura que era de esperar, colocóla en uno de los sillones.

Conoció el mayordomo que, comenzando la ira del Conde á calmarse, su posición se hacía peligrosa, y con prevision acertada se retiró con á tiempo, que un minuto después salió aquel de la torre y en voz alta le llamó, volviendo en seguida á cuidar de la desmayada dama. D. José entonces se presentó como si nada supiera de lo ocurrido, y recibió la orden de traer él mismo un vaso de agua. Hízolo así, y al mismo tiempo puso en manos de su amo la respuesta que á su carta había traído ya el criado encargado de llevarla á su destino. Leyó aquel papel el Conde, mandó que á la media noche se le tuviera preparado el coche de camino, y habiendo venido á la mujer del mayordomo para que ayudase á la Condesa, ya vuelta en sí, á mudar de traje, salió de la torre y pasó á ocupar su acostumbrada habitación.

Fué aquella triste noche un siglo de angustia y amargura para Laura, mas ni una queja, ni una frase que indicara la causa de sus lágrimas, pronunciaron sus labios, ordinariamente de zorral, y entonces del color pálido de una marchita azucena.

Del Conde nada diré á Vds., porque solitario y encerrado, estuvo en su estancia hasta que dando la última campanada de las doce, entró en la torre, y en tono severo, mas templado, dijo á su esposa:

—Laura, vamos.

Obedeció resignada y silenciosa la infeliz, y su marido se encaminó á una puerta secreta de la torre, que se abría sobre cinco escaleros de caránel, sin un drado que por ella bajaron los cadáveres de Sancho y de Leonor para ser enterrados en el jardín. Por ella también bajaron los Condes, precedidos del mayordomo, en cuya mano temblaba la hacha que á todos daba luz, dirigiéndose despues á la puerta que servía para pasar del jardín á un monte que fuera sus muros llegaba. Imitaban Vds. tal seta el terror de Laura, cuando al pasar debajo del troncho nogal, se detuvo inesperadamente el Conde: así su angustia, cuando á la incierta luz de un pálido rayo de la luna que penetraba á través de la espesa copa del árbol robusto, vió que bailaban los ojos del ébrito de su destino con sinistra expresión de ferocidad. Creyó entonces llegada su última hora, y con todas las penas se encaminó mentalmente á aquel ante quien no hay culpas irreversibles como el arrepentimiento sea sincero.... También en el corazón del Conde tenía trahada cruelísima lucha el honor implacable y la humanidad indulgente.... Triunfó la filinia, y haciendo un penoso esfuerzo, continuó su marcha el descendiente de D. Rodrigo, siguiéndole la Condesa en la misma situación de espíritu que aquel á quien, cuando ya el dagal ceñía su cuello, le anunció el inesperado pardon.

—Espere V. aquí.—dijo el Conde á su mayordomo en la puerta del jardín, y siendo el brazo de la Condesa, entró con ella en la espesura del bosque.

D. José, hel é su insuperable curiosidad, en vez de permanecer en su puesto, echó á andar detrás de sus amos, siguiéndoles á favor de los árboles sin que ellos lo advirtieran, y vió que sin preferir palabra, llegaron á las puertas de un oratorio de religiosas Capuchinas, fu-

dato por uno de los ascendientes del Conde, y de que éste era patrono nato. Un solo golpe dió en la puerta del convento el grueso aldabón de hierro, un solo golpe que pesará á un tiempo en las uñas de los muros y en el corazón de la Condesa; pero bastó para que la Abadesa, ya prevenida por la carta del Conde, hiciese abrir á Laura inmediatamente. Rechinaron los goznes de la pesada puerta; despues se oyeron los tímidos pasos de la Condesa en el vestibulo del religioso asilo; volvierón los goznes á resacañar, la ponderosa puerta al encajar de nuevo en sus quicioes sonó sinistramente, y Laura no volvió á salir del monasterio hasta que dos años despues fué á unirse su cadáver con el de su esposo, que á los seis meses contados bajó al sepulcro á ocultar en el polvo de la nada su vergüenza y su dolor.

—¿Qué dice V. señor D. Diego? preguntó D. Antonio concluida su narración.

—Dijo y diré siempre que el último D. Rodrigo anduvo mas cuerdo que el primero, menos en eso de morirse á los seis meses por quien tan mal había pagado su cariño.

—¿Y V., D. Alfonso, qué opina?

—Yo, que el Conde se condujo con menos vigor, con menos fortaleza que su ascendiente, y que estoy de parte del primer D. Rodrigo.

—Pues yo, amigos míos, creo que entrambos se equivocan Vds. El Don Rodrigo de quien primero hemos hablado, hizo lo que, atendidos su carácter é índole violenta, no podía menos de hacer en tiempos como los que alcanzó. ¿Por qué el Conde un menos irascible, no menos apasionado, y mas que él inclinado á la crueldad, no hizo otra tanto?—Porque la misma que se llamaba venganzas honrada aunque terrible, en el tiempo antiguo, se llamaria hábaro asesinato en el nuestro; porque la opinion absolvia entonces qué digo absolvia? canonizaba lo que ahora condena. Esa y no otra es la verdadera causa, y de que dos hombres parecidos, como á caso nunca los hubo tanto, y colocados en idénticas situaciones, obraran de tan distintas maneras.

En resumen: el drama fué uno; dos y contrarios uno á otro los desenlaces; porque la civilizacion influye poderosamente en los hombres, porque las preocupaciones, las circunstancias, los tiempos, modifican, como dije al empezar nuestra controversia, si no la esencia de las pasiones, por lo menos sus efectos.

(Continuará.)

PUBLICADO POR LA ESCOUSA.

De los oráculos entre los antiguos.

Los oráculos eran entre los antiguos lo propio que los hechiceros entre nosotros. Toda la diferencia entre ellos estriba en que los oráculos se fingian inspirados de los dioses, y nuestros hechiceros pasaban por ser adiestrados del diablo. A los primeros se los honraba extraordinariamente, é los segundos se los quemaba sin piedad.

El oráculo de Delphos era el mas famoso de todos. Moraba en un lado del Parnaso, cruzado por mil maderos abiertos en la roca rodeado de peñascos que repetian mil veces al sonido de una sola trompeta. Descubrido un pastor observando que sus cabras se sentian embriagadas por el vapor que exhalaba una gruta en cuyo torno pasaba. La sacerdotisa pronunciaba sus oráculos sentada sobre el trípode de oro, colocado sobre la referida cavidad. El vapor que despidia la hacía caer en una especie de delirio. En cuanto se sentia inspirada, se alteraba la fisonomía de la pita, inflábase su garganta, su pecho respiraba sin cesar, torcia su cabeza, hacia girar completamente su cuello, se agitaba su cuerpo todo, y dejaba oír sus oráculos sentada sobre el trípode delíico.

Los sacerdotes de Dódona decian que habian venido del Egipto á su hoguete dos palomas que hablaban el idioma de los hombres, y que ellas habian sido las que helas ordenado que se erigiese allí un templo á Júpiter, que prometia hallarse en él y pronunciar allí sus oráculos. Pausanias dice que eran milagrosos jóvenes que se habian convertido en palomas, y que bajo esta forma pronunciaban los célebres oráculos de las palomas de Dódona. Las enjenas hablaban en aquella maravillosa selva, y una estúpida respuesta á cuantos la consultaban.

Filipo, rey de Macedonia, fué advertido por el oráculo de Apolo que seria muerto por una carreta. Inmediatamente ordenó que se hiciesen salir todos los carros de su reino. No obstante, no pudo libertarse de la sueta que tan exactamente le habia predicho el oráculo: Pausanias, que fué quien lo mató, llevaba una carreta cargada en la guarnición de la espada regida.

Si se ha de dar crédito á Porfirio, el oráculo de Delphos respondia á cuantos le preguntaban quien era Dios: Dios es el origen de la vida, el principio de todas las cosas, el conservador de todas las seres. Existe en él una inmensa profundidad de luz. Esta luz lo produce todo. El corazón no debe tener yarse tocado por este fuego tan dulce,

cuyo ténne calor constituye la duracion y la armonia del mundo. Todo está habitado por Dios; se halla en todas partes; nadie lo ha enjendrado. Todo lo sabe, nada hay que pueda enseñársele. Es inmutable en sus designios. Hé aquí todo cuanto se acerca de Dios. No trato de saber mas. Tu razon no puede comprenderlo, por clara que la poseas. El malo y el injusto no pueden ocultársele, ni existe nadie que pueda ofuscar penetrantes miradas.»

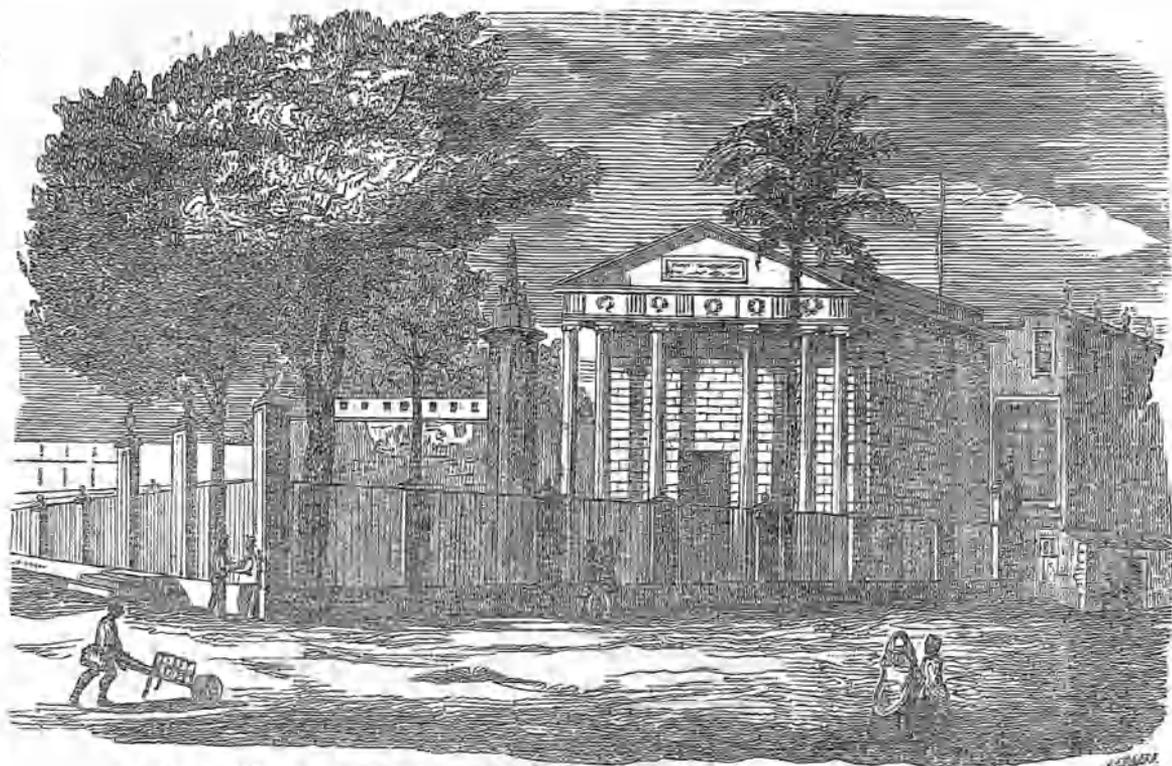
«En Suidas, el oráculo de Serapis dijo á Thulis, rey de Egipto: «Dios, el verbo y espíritu que los une, todos tres no forman sino uno solo. Este aun es el Dios cuyo poder es eterno, Mortal adora y tiembla, ó tendras mas por qué quejarte que el animal desprovisto de razon.»

Las exhalaciones que salian de la tierra y que agitaban á las pitias, eran miradas como una sagrada inspiracion por la mayor parte de los antiguos. Fernel las atribuye á los demonios; los cabalistas á los espíritus que habitan el aire.

Entre los oráculos mas considerados, es preciso citar los de Apolo en Milet y en Clares, el de Trophonio en Beasia, y el de Amphiarao; entre los límites de la Beocia y de la Attica. Juno respondia en el territorio de Corinto, Hércules en Bura en Achar, Baco en Ampúclia en la Phocida. Roma consultaba mas que nada á Egipto y á la Grecia; sin embargo poseia los oráculos sibilinos de Abbunea y de Cumas, y los de Fauno y Prenestes, que se sorteaban. En Antium, habia estatuas de la fortuna que respondian por signos de cabeza. El oráculo de Trophonio se obtenia por menos, así como tambien el de Esculapio en Epidauró.

El conde de Gabalis, atribuyendo los oráculos á los espíritus elementales, añade que antes de Jesucristo se complacian estos espíritus en explicar á los hombres lo que sabian de Dios y en darles prudentes consejos, pero que se retiraron cuando vino el mismo Dios á instruir á los hombres, y que desde entonces desaparecieron los oráculos.

H. J.



Habana. — Monumento erigido en memoria de la primera misa que en ella se dijo. — Véase el núm. anterior.

UN PINTOR Y YO.

Un cuadro concluía
cierto noble discípulo de Apéles,
y aun soltado no habia
el lienzo, la paleta y los pinceles,
con que el grupo mas bello y delicado
que supiera idear habia pintado.

Y una vez y otras ciento
ya dejaba el pincel, ya le tomaba,
y con sentido acento,
su linza contemplando, así exclamaba:
«¡bello es el cuadro á (él) más juraría
falta el mejor adorno á la obra mia!»

Entonces yo le dije:
«¡por qué, noble artista, á quien comprende
la pena que os aflige,
si bien de nobles artes nada entiendo,
una á indicaros se atreva lo que el mallo
de un dedo en la mano al cuadro bello.»

«Tan solo una figura
cual la tengo en mi mente concebida
diera á vuestra pintura
encanto y brillo, entonacion y vida;
que ella es el dulce y envidiable ornato
de toda sociedad y humana trato.

—Decidla, pues, si os place.
—Pintad una mujer. —Vedla bien bella.
—Mas no me satisfice.
—¿Aun la quisiérais más hermosa que ella?
—No, que si la hermosura ya pintáis,
no su el cuerpo, en el alma la vedáis.

Dléralo más talento,
siquier no os pareciese tan hercúleo,
y fiera su ornamento
en alma grande y noble y generoso,
de exquisito sentir, de trato humano,
y fuera vuestro cuadro insubstancial.

—Perfecto es vuestro tipo.
—Cuerdo que sí; si hay nada que le excede.
—Pero yo os satisfice.

que no hay pincel que retratarle pueda,
que tal imágen en la mente propia
bien se concibe, pero mal se copia.

—¿Tan árdua hallais la empresa?
—Imposible direis al arte mía,
que ser obra confiesa,
mas aun que del pincel, de la poesia.
Vos, pues, de esa muger todo el encanto
pudiérais retratar en dulce canto.

—Tal obra acometiera,
si al pintar de sus dotes el conjunto
con razon no temiera
resultára harto débil el trasunto;
que si tales encantos se conciben,
muy bien se sienten, pero mal se escriben.»

Y el pintor y el poeta
convenimos en esto fácilmente;
que una muger discreta,
grande en pensar, en el sentir vehemente,
generosa á su vez, dulce en su trato,
es del cuadro social el bello ornato.

Y si el pintor espuso
ser débil su pincel para copiarla,
el poeta repuso
su númen ser escaso á retratarla;
que si bien tales prendas se conciben,
empero mal se pintan y trasciben;

Si de tu libro ahora
pintára yo en las páginas primeras
la muger seductora,
quizá el original reconocieras:
mas esta imágen en la mente propia
muy bien se siente, pero mal se copia.

FRAY GERUNDIO.

La eleccion.

El arzobispo de Reims, hijo de Carlos, duque de Guisa, amaba apasionadamente á Ana Gonzaga; no habiendo recibido aun las órdenes, queria, para casarse con ella, renunciar á todos sus beneficios. —«Meditadlo con seriedad, le dijo el cardenal de Richelieu; vos tenéis cuatrocientas mil libras de renta, y queréis perderlas por una muger: otros darian cuatrocientas mil mugeres por tenerlas.»



Un jóven que promete para las artes y las letras.